La Ciencia

El sentido de la Eternidad y de la Universalidad se agiganta con el conocimiento científico. La verdad descubierta y formulada por nuestra razón—y por ella incesantemente modificada en eterna evolución—es el milagro de los milagros. El saber que el planeta sobre el cual habitamos y cuya edad pasa de millones de años, es apenas un átomo perdido en el espacio de los mundos infinitos; el saber que nuestra tierra gira en veloz carrera, alrededor de su propio eje y en derredor del sol, dando origen al día y a la noche y a las estaciones del año; el saber que todo nuestro sistema planetario es arrastrado, en loca carrera, por el sol hacia la constelación de Hércules, nos da una noción y una sensación del tiempo y del espacio, es decir, del infinito, mucho más vasta y profunda, y, por lo tanto, más religiosa que el mito bíblico convertido en dogma de la tierra inmóvil en el centro del mundo, con el sol que sale por el oriente y se pone en occidente, y con la luna y las estrellas colgadas en la bóveda celeste, cual lámparas votivas, para mayor gloria de Dios.

El saber que el hombre es el último eslabón de la vasta cadena biológica de los seres vivientes, cuya constitución física, mental, ética y estética fué elaborada y continúa elaborándose a través del tiempo, debido al medio ambiente, a la lucha por la vida, a la selección natural y a la herencia; el saber que el hombre hizo sus dioses a su propia imagen y semejanza; el saber que el hombre es factor consciente o inconsciente de su destino y que él es capaz de elaborar intencional y conscientemente su propia historia; el saber que el hombre conquista la verdad como se conquista el pan de cada día, nos da una noción y una sensación del valor universal de la vida, de la inteligencia y de la acción humanas mucho más religiosa que el mito bíblico convertido en dogma, que Dios hizo al hombre de barro y lo hizo a su imagen y semejanza, y que sobre él pesa un destino inexorable de maldición por su pecado original por haber gustado la fruta prohibida del árbol de la ciencia de la vida, y que la verdad verdadera no es obra de su propio esfuerzo inteligente y tenaz, sino producto de una revelación de lo alto que no le es dable ni comprender ni analizar.

La ciencia es el milagro. ¿Para qué otro? Tengamos fe en la capacidad moral y social de la razón, en el valor de la persona humana, razonable y educable. Eduquemos a nuestros hijos, a los nuevos ciudadanos de la nueva democracia, en esta escuela de verdad y de tolerancia y habremos dado un paso decisivo en el camino del bien y de la justicia. Tal es el sentido de la laicidad.

Renán comparó a la ciencia con un pequeño islote perdido en el vasto océano de la ignorancia y batida constantemente por sus olas furiosas. Este islote, empero, crece y se ensancha, día a día, por obra de la inteligencia y la razón del hombre; también el vasto océano de la ignorancia crece y se ensancha en proporción. Cuanto más descubrimos y más sabemos, más queda por descubrir y más por saber. La ciencia es infinita como infinito es el universo. Y es bueno que así sea. El estímulo y el acicate para el esfuerzo de la inteligencia humana jamás desaparecerá. Es el único estímulo noble y sano para la multiplicación y conservación consciente de la vida.

En el desorden y el caos del mundo físico y psíquico, la inteligencia y la razón del hombre introducen orden y método. Tal es el valor de la ciencia. Enseñémosla a nuestros hijos en nuestras escuelas sin mutilarla ni tergiversarla por ningún dogma. No confundamos la ética con la religión, que son totalmente separadas e independientes. Subordinemos el amor por la bestia humana al amor por el ser humano consciente y el mundo será menos cruel, irracional y caótico.

El capítulo de los odios

por CLAUDIO JOVENES

Con la muerte de los dioses se han cerrado los negros breviarios, los libros fósiles ante los cuales el alma permanecía inmóvil, huérfana de floreceres y alegrías primaverales. Sepultado el «Buen Hijo», el Hombre ha despojado su espíritu de los andrajos de la humanidad, y sólo los viejos salmodian tristemente en el atrio de los templos silenciosos.

Se han cerrado los negros breviarios y hanse abierto los libros inmortales del mundo y de la vida. El triunfo del Conocimiento ha quebrado los viejos mitos y ha ahuyentado las falaces abstracciones, y ahora, cada uno de nosotros en posesión segura de sí mismo, nos volvemos contra la Mentira en sus formas sociales, llevando encendido en nuestro pecho el tesoro interior de nuestros odios.

Hemos ennoblecido el odio haciéndolo fecundo y constantemente deseado. Los corazones mezquinos, los espíritus apestados por la mentira y la cobardía, irónicos devotos del dogma autoritario de la Violencia, se han señalado bajamente contra nosotros. Esa multitud de cráneos faciales predominantes jamás conocerá la psicología de nuestros odios. Le es imposible el conocimiento y la fruición de las grandes cosas.

La voluntad de vivir, el amor a la acción, el deseo de personalidad, constituyen el plasma, la substancia de nuestros odios. Se odia porque se ama, y odiamos tanto más grandemente cuanto más grandemente amamos. Desconfiamos del amor blanco, piadoso, sin odio. Sometidos al imperio de la fuerza no se va al combate para la liberación armados de versículos sagrados y máximas decadentes; antes éstos atenazaron el espíritu y ensombrecieron la vida.

La palabra que el poeta elogiara debe ser la que encierra la idea viva, la idea heroica que solicita de la voluntad sus energías realizadoras. Es necesario el ejercicio equilibrado de la razón y de la voluntad para que de nuestros esfuerzos salga una afirmación amplia y perdurable.

Quiero decírselo: me admiran los amplios vuelos del pensamiento actual; con frecuencia las concepciones de los grandes cerebros me han llenado interiormente de luz. No obstante, hay una cosa que sobrepasa a todo esto: los actos, las rebeldías de una voluntad intrépida, indomable, sinceramente vital, me entusiasman, me apasionan. Cada acción, cada esfuerzo de esas voluntades es una lección de energía en las que se manifiesta el odio levantado y rotundo.

Apuntemos bien nuestros odios. Un cúmulo enorme de heroísmos groseros, un inmenso poder coactivo y usurpador permanecen en pie después de la ruina de los viejos mitos, Dios, Ley, Moral. Ciertamente se han demolido las viejas abstracciones, pero han quedado odiosas realidades sociales contra las cuales se debe luchar a pecho descubierto y con brazo seguro.

Es preciso resolverse contra la turba sórdida y grotesca de sacerdotes, moralistas, jueces, galoneados, parlamentarios, argirócratas, cortesanos de las letras y de la prensa, servidores idólatras del Poder en torno del cual se mueven y hacen sus deposiciones. Son los enemigos del Hombre y de la Vida como defensores del Poder y de la Ley.

Lo que Schopenhauer ha llamado «principio de individuación», el fondo consciente y activo del hombre desparramándose en frutos de vida al través de la forma individual y concreta, es contrariado por la Ley, negado por ella.

En otro tiempo cuando la llama de la divinidad resplandecía en la frente de los dioses y los hombres adoraban en los templos, la Mentira social quizá no esclavizaba más que ahora, ya que bien poco se ha logrado en el orden de la justicia social.

Hoy se juega, cabalgándolo sin vergüenza con lo que se llama «el pueblo». Los ambiciosos vulgares, los averiados del sentido moral, los parlamentarios, acuden a las multitudes en busca de una confirmación popular del Poder. La ironía no puede ser más sangrienta. Con la promesa de libertad se invita a los hombres a un renunciamiento embrutecedor, a un abandono moral de sí mismos.

Y vemos trepar por la montaña de la Inconsciencia y de la Sumisión, los rebaños populares, rebaños de hombres sin luz en el espíritu y sin voluntad, dóciles y obedientes a las voces de los pastores.

Y hay diversidad de pastores porque hay variedad de rebaños.

¡Lejos los rebaños! Dispersémoslos con las pedradas de nuestros odios. Contra todos los pastores! Ellos encarnan los antiguos valores sociales: Ley, Autoridad; son los que fabrican los cánones en moral, en política y en arte, cánones ordenadores de una sociedad sin justicia, sin solidaridad y sin belleza.

Se ha dicho: «Más allá del Estado, el Hombre libre.» Son palabras de voluntad y de rebeldía. Cuantos han deseado restituirse a sí propio, confirmarse en sí mismos, se han templado interior y serenamente en estas palabras.

Sin desentenderse de las voces mentirosas y mandadoras, de las palabras estériles y charlatanescas, sin deshacerse de las monstruosas negociaciones que circundan su voluntad, no es posible para los hombres la fertilidad vital y amable de su propia energía.

De esta manera el Hombre lo ha comprendido, y acompañándose de una noble confianza, sube en ascensión serena por el camino de liberación, ofreciendo en el combate el tesoro magnífico de sus odios.

Papel en venta

Tamaño 24 x 36 para todo trabajo de imprenta.

Resmas de 480 pliegos a ₡ 23.00 y tomando bulto de 8 resmas a ₡ 22.00.

CESAREO GARCIA

Teléfono 126.

Ordene sus trabajos a la

IMPRENTA FALCO & BORRASE

TRABAJADOES: Pedid en las Barberías el periódico VIA LIBRE y así contribuiréis a la difusión de las ideas socialistas.

CAREYERIA de Fco. L. HUEZO

La preferida del turismo y las gentes de buen gusto—Surtido completo en objetos de Carey.—MONEY EXCHANGE.

Calle del Comercio - Puntarenas - Apartado No. 122

LIBRERÍA FALCO Y BORRASÉ

TOMOS EMPASTADOS A ₡ 1.25

Manzana de Anís, por Francis Jammes.
El caso Leavenworth, por A. K. Green, 2 t.
Jacobé, por Joaquín Ruyra.
El amor catedrático, por G. Martínez Sierra.
La enjuta, por Víctor Catalá.
¡Dios salve a la Reina!, por Allen Upward.
La bella dormía en el bosque...., por François de Nion.
Rebeldía, por Joaquín Dicenta.
El señor de Halleborg, por A. de Hedenstjerna.
Kolstomero, por el Conde León Tolstoi.
Minnie, por A. Lichtenberg
El dragón de fuego, por Jacinto Benavente.
Ernestina, por Prudencio Bertrana.
Boda oficial, por R. H. Savage
El hurto sabroso, traducida por José Carner.
Rey en la tumba, por Anthony Hope.
Fausto, por Iván Turguenieff.
El silencio, por Eduardo Rod.
Apuntes de un desconocido, por Fedor Dostoyeusky, 2 t.